

056
a655a D. Enrique Lara
C.T.

APUNTES

SUPLEMENTO

Tomos

1

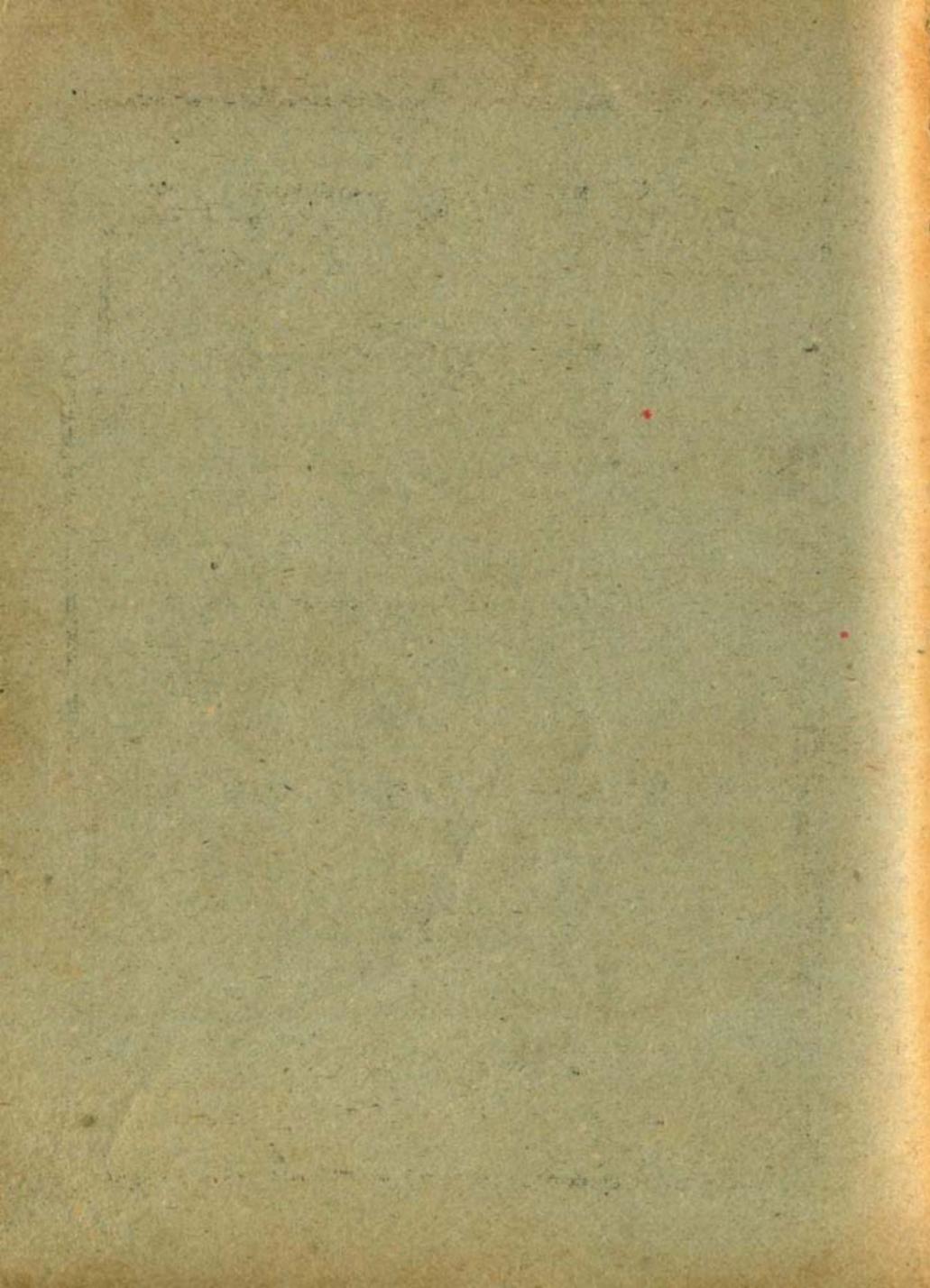
1.º de Agosto de 1942

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS



San José, Costa Rica
Apartado 230





APUNTES

Director: ELIAS JIMENEZ ROJAS

SUPLEMENTO

No. 1

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

31 DE JULIO 1942

Economías, sí; impuestos, nó

Recientemente declaró uno de los miembros del gobierno nacional que la situación fiscal presenta malas perspectivas y que sólo hay dos remedios: aumentar los impuestos y disminuir, en lo posible, el presupuesto de gastos.

De acuerdo con lo que dijo el ministro de hacienda: en lo que sí no se puede pensar es en la paralización de las obras públicas, porque ello acarrearía el grave problema de la desocupación de brazos.

Pero donde sí hay renglón precioso para la economía es en la burocracia de lujo; en los puestos que son regalías y prebendas; en oficinas convertidas en tertuladeros permanentes, y sobre todo en el ramo diplomático y las cosas que se le parecen.

La ciudadanía no puede, no quiere, no debe pagar más impuestos, si antes no se pone término al despilfarro de los dineros públicos.

La República, sus secciones y sus distritos deben ir aprendiendo a vivir como pobres y a no quererlo hacer como ricos por medio de la

dadosamente, pero que a estas alturas desconoce completamente cómo funciona su hígado.

De la rectificación de este error ha venido como consecuencia un cambio de rumbo en la ciencia. El hombre, este sér olvidado, o como lo llama Carrel, ese desconocido, se ha vuelto de repente mucho más interesante que Babilonia, que todos los imperios vivos o muertos y que las remotas constelaciones. Por eso hoy el hombre de ciencia americano se halla consagrado al estudio de todo cuanto se refiere al hombre.

Uno de estos hombres es Walker-Pitkin, investigador preocupado por estudiar al hombre en su vida, en su medio, sobre la tierra, en la vida social, en los negocios y ya no más como héroe de la metafísica y de la fábula. De sus estudios e investigaciones, Pitkin ha sacado la conclusión de que la vida del hombre sólo empieza a los cuarenta años. Es decir, la vida de plenitud, la orgullosa vida del espíritu, el dominio del hombre sobre su medio, sobre sus nervios, sobre su oficio. Antes de esa edad, con muy ligeras excepciones, como el caso extraordinario de algunos genios, el hombre es un adolescente perdido en un mundo que desconoce, un sér titubeante entre un laberinto de caminos.

Ya Keiserling había afirmado que la juventud es una edad intonsa. Pitkin lo demuestra. Otro de los sabios dedicados al estudio del hombre y citado por Pitkin, Frederick Tilney, en un es-

tudio, monumental del órgano principal del hombre, el cerebro, ha demostrado primero que el cerebro «desde el mono hasta el hombre», nunca se ha llegado a desarrollar sino a medias, y que usualmente el hombre no ha usado sino la quinta parte de su cerebro—porque el cerebro no se desarrolla sino por el uso continuo de él.

El hombre tiene el cerebro para que funcione continuamente, casi como el corazón, sin parar. Pero la función del cerebro, que es pensar, no se ejercita en la mayoría de los hombres sino muy raras veces. Aun los grandes pensadores, un Kant, por ejemplo, tienen momentos, horas y días enteros de quietud mental. Todos los momentos de quietud mental retardan el desarrollo del cerebro. Este hecho, según Pitkin, quiere decir que «nadie antes de los cuarenta años tiene en su mente suficiente madurez».

Por esa falta de madurez mental, casi todos los hombres antes de los cuarenta años son espiritualmente menores de edad. La edad de la razón no principia, pues, a los siete años, sino a los cuarenta, fuéa de algunos casos de excepcional precocidad.

Esa falta de madurez mental hace que el hombre no se concrete a lo que realmente desea hacer en la vida, a la labor para la cual está dotado, en la cual puede verdaderamente sobresalir. Pero no es eso solamente. En todos los aspectos de su actividad es un sér sin rumbo.

El hombre de pie sobre el planeta se encuentra en el centro de caminos infinitos. En el vértigo de la vida es solicitado por mil llamadas. A los veinte años, a los veinticinco, el hombre acude como una mariposa a esas llamadas que llegan en todas direcciones. Y en ningún camino avanza realmente. Es un juguete de muchos deseos encontrados y antagónicos.

En cualquier actividad la destreza sólo se consigue pasados los cuarenta años, «con la única excepción quizá de la destreza en la música», dice Pitkin.

El cerebro es el supremo regidor de la vida. El cerebro es el gran generador de energía. El órgano con menor gasto. Otros órganos también producen energía. Pero a qué costo! A los cuarenta años, el hombre de gran actividad, pero que no ha empleado su cerebro mayormente en la lucha por la vida, comienza a declinar. En cambio el que lo ha empleado continuamente, comienza a vivir. El intelectual, de grande actividad, según Pitkin vive mucho más largamente, en promedio, que el puro trabajador material. Sobre esto hay hoy estadísticas muy elocuentes. Entre otros intelectuales, los presidentes de los Estados Unidos han sido hombres de larga vida. Porque el cerebro suficientemente desarrollado es un poderoso foco de energía, y la vida es actividad y la actividad es una serie de cambios de energía, nada más ni nada menos.

* * *

Quizás en el pasado, cuando la vida era muy simple, el hombre no necesitaba tanto de su cerebro. En las edades primitivas los músculos le eran suficiente equipaje para hacer la peregrinación de la vida. Casi no había sino dos caminos; dos grandes tareas; y para eso no era necesario el cerebro entonces: comer y reproducirse. Con fuertes músculos el hombre podía apoderarse de los dos alimentos.

Pero este mundo se hace cada vez más complejo, y sólo con el cerebro se puede dominar.

Pasados los cuarenta años, se observa en algunos hombres, los cerebrales, un cambio biológico profundo.

En primer lugar, adquirida la madurez mental el hombre comienza a saber para dónde va realmente. Pasados los cuarenta, ese hombre sabe que el realizar su ambición significa el sacrificio de muchos pequeños deseos en favor del más grande.

Es entonces cuando el hombre comienza a progresar verdaderamente.

Casi todas las grandes obras en la vida las han realizado los hombres pasados los cuarenta años. Pitkin cita innumerables. Casi todos los grandes magnates americanos, los que han conquistado grandes capitales, los que controlan y dirigen empresas inmensas, ejércitos de trabajadores, son hombres mayores de cuarenta años.

Muchos de los más grandes espíritus del mundo, en su niñez, en su adolescencia, en su primera juventud, fueron tenidos por seres destinados al fracaso. El diploma de bachiller de Ibsen lo obtuvo con las más bajas calificaciones con que era posible conseguirse, y aun su dominio de la lengua noruega fue calificado de muy mediocre. El director del Gimnasio le pronosticó a Linneo un absoluto fracaso. Darwin tuvo en sus calificaciones esta nota: «Singularmente incapaz de todo aprendizaje». Curie fue retirado del colegio «por estúpido».

Al Smit, a los cuarenta años, era un hombre desesperado, sirviendo un modesto empleo en la asamblea de Albany. Unos pocos años después fue candidato a la presidencia de la república. A los cuarenta años Hoover era un perfecto desconocido. Los ejemplos de Pitkin son innumerables.

En prosa, en poesía, en pintura, en teatro, en música, las obras más extraordinarias han sido producidas después de los cuarenta años o muy poco antes de esa edad, como se ve en la minuciosa enumeración de Pitkin.

Eso no quiere decir desde luego que todo ser estúpido de menos de cuarenta años sea un candidato para la gloria. Innumerables seres pasados los cuarenta años siguen siendo tan limitados como en su niñez.

ALEJANDRO VALLEJO

Para alcanzar la felicidad en la vejez

POR DONALD A. LAIRD

En todas partes sucede lo mismo: a una juventud fogosa sigue una madurez sosegada, que suele convertirse, con el transcurso de los años, en una vejez impertinente. Sin embargo, las investigaciones científicas realizadas hasta hoy, prueban que la vejez puede ser una etapa de la vida tan agradable y placentera como cualquiera otra.

Tal noticia complacerá no sólo a los millones de individuos que pasan de los 65, sino también a otros muchos millones de personas que dentro del rápido correr de un par de decenios alcanzarán la edad "oficial" de la vejez.

Este problema de llegar a viejo sin hacerse gruñón y agrio, tarde o temprano, tiene que preocupar a todo ser humano. Cada año que pasa, el problema se vuelve más apremiante, porque cada día somos más los que tenemos probabilidades de llegar a viejos, ya que la medicina prolonga cada vez más la vida. Esto, por supuesto, determina un cambio en la composición de la población del mundo, pues a medida que los años transcurren, aumenta el número proporcional de ancianos.

Hace poco, los doctores Luis I. Dublin y Alfredo J. Lodka, peritos en problemas de población, expresaron, durante la Conferencia de Población y Previsión Social, que dentro de medio siglo lo probable es que haya un número cuatro veces mayor de personas con más de 65 años, que ahora, sin que el número total de habitantes difiera en mucho del que arrojan los actuales censos. A un promedio más largo de la vida humana corresponde un aumento en el promedio de edad de la población de la tierra, y de ello se derivan muchos problemas para el individuo, para los negocios y para las naciones en general.

El cuidado de los ancianos será un problema más y más serio para los gobiernos; pero los problemas más interesantes son los que nos conciernen como individuos,—la pregunta que todos nos hacemos: «¿Cómo seré cuando llegue a viejo?» «¿Agradable?» «¿Gruñón?» «¿En qué forma puedo prepararme más eficazmente para la vejez?»

¿Cuándo nos atrapa la vejez con sus nudosos dedos? Según los que se dedican a la estadística, a los 65. Pero el profesor Jones, hombre de ciencia inglés, sometió a su estudio a un gran número de personas de todas edades y descubrió que algunas, a los 18, tenían ya, bien marcadas las características de la vejez, en tanto que otras eran jóvenes a pesar de haber cumplido los 80.

Según el resultado de las investigaciones aludidas, el individuo de tipo medio siente que ha llegado la vejez a los 49. No obstante, los años hacen poca mella en muchos, y es en estas almas robustas en las que los hombres de ciencia buscan los secretos que permiten vivir toda una vida, sin llegar al final de ella agriados e impertinentes.

Nuestros informes más recientes y completos, respecto a los elementos que contribuyen a que sean felices y simpáticos algunos ancianos, proceden de viejos comunes y corrientes, estudiados en la vida cotidiana que llevan en sus propios hogares. Bajo los auspicios del Colegio Vassar, la doctora Cristina Morgan sometió a examen a unos cuatrocientos ancianos de la población urbana y rústica del Estado norteamericano de Nueva York.

Lo primero que pudo observar fue que la buena salud contribuye a hacer feliz y menos gruñón al anciano. Y también advirtió que la ilustración le ayuda a ser feliz, talvez porque le permite ocupar su mente en mayor número de cosas y saborear buenos libros, en sus prolongadas horas de ocio.

Y la presencia de los hijos ¿tiene alguna influencia sobre la conducta y actitud del anciano?

“¿Quisiera usted ver a sus hijos con mayor frecuencia?”—fue una de las preguntas que la doctora Morgan hizo a cada uno de sus clien-

tes. Una anciana de pelo blanquísimo la miró sorprendida y replicó “¿Es usted madre? No hay cosa en que se piense más constantemente que en los propios hijos.”

Pero un estudio de las respuestas de estos ancianos permite asegurar que “los viejos no viven tan absortos en el recuerdo de las tempranas vidas de sus hijos, como quieren los novelistas.” En realidad, la existencia o la presencia de hijos y nietos, según los resultados de la aludida investigación, no parecen ejercer influencia, en términos generales, sobre la felicidad de los ancianos.

Dos terceras partes de éstos afirmaron vigorosa y firmemente que preferían vivir solos y no bajo el mismo techo que sus hijos u otros parientes. Tan inesperado descubrimiento induce a la investigadora a decir:

“No parece que el anciano viva de nuevo en las vidas de sus hijos. Tiene la impresión de que en casa de sus hijos no se le necesita; de que no se le hace caso y de que estorba. Se siente lastimado, si descubre o cree descubrir que el hijo pretende “mandarlo” o dirigirlo. Y la ofensa sube de punto si se trata de algún hijo político. Mientras que en su propia casa se siente independiente y libre para manejarla según le plazca. A los viejos les gusta hacer las cosas a su modo, y a la gente joven estas costumbres suelen parecerles, anticuadas, tontas e irritantes.”

Sin embargo, las personas de menor edad son elementos decisivos para hacer más feliz la vejez—siempre que el anciano no tenga que vivir con ellas bajo el mismo techo. El contar con algunos conocidos, con unos cuantos amigos, entre gente más joven, parece contribuir a hacer más llevadera la vejez.

Uno de los medios más seguros de llenar de desdicha y de desilusión la vida del anciano, según dicho estudio, es que tenga que abandonar la vida activa profesional o de negocios, pues siente entonces el horrible vacío de la vejez, al no tener nada que hacer.

Los ancianos que se mantenían ocupados en algunas tareas eran los que se mostraban más felices. Iban, quizás bajando por la pendiente de la vida, pero aún trabajaban, aún producían. Otros, de modo deliberado, habían adquirido en sus años de madurez aficiones de una naturaleza u otra que habrían de servirles en los años postreros para mantener ocupados manos y cerebro.

Que sirvan de ejemplo las señoras. La doctora Morgan descubrió que las ancianas tienen mayor habilidad que los ancianos para encontrar algo que hacer—lo que quizá explique por qué la abuela suele ser menos impertinente que el abuelo—.

DONALD A. LAIRD

Bondad mal entendida

Sacrificarse por el bien y la comodidad de los demás no siempre es una virtud; muchas veces es todo lo contrario. Será difícil que así lo comprendan esas mujeres muy de su hogar que tienen a su cargo una familia numerosa, aumentada a veces por huéspedes y visitas, y que echan sobre sí mismas toda la responsabilidad del gobierno de la casa y todo o la mayor parte del trabajo. Abundan las mujeres así. Casi podría afirmar sin temor de equivocarme que en cada casa hay una. Es la voluntaria Cenicienta en quien descansan y confían todos los demás para que la comida esté lista a su hora, tendidas las camas, planchada la ropa y todas las cosas limpias y en orden. La mayor parte de las veces esta Cenicienta es la madre; otras, es una tía ya madura que ha perdido por completo las esperanzas de formar su propio hogar y que paga con su sacrificio la hospitalidad que se le da a regañadientes. Otras veces, por último, es la hermana mayor, a quien las menores van desplazando de la sala, olvidándola cuando se trata de organizar fiestas y paseos y recargándola de obligaciones y responsabilidades que ella asume por más conforme o más sensata... o más tonta.

Ella es la que sabe a qué hora llega el pan; la cantidad de leche que se compra diariamente; los lugares de todas las cosas; la comida que se debe hacer para conformar a todos y hasta las gotas de medicamento que debe tomar alguna de sus hermanas. Está en todo y todo lo sabe dentro del pequeño y trabajoso mundo del hogar. Está en todo menos en sí misma. Por cuidar de los demás hace ya mucho tiempo que ni se mira al espejo. En su tocador no se ven, como en los de sus hermanas, los potes de crema, los lápices de rouge y los ganchos para el cabello. En una caja descolorida duerme un cisne gastado que ya ni usa siquiera. Por las mañanas divide en dos su cabello, lo recoge en la nuca y lo aprisiona dentro de una cofia sin gracia. Como las otras estuvieron de baile o de kermesse o de teatro la noche anterior, es ella quien hace el café. Y a veces extrema su bondad hasta el punto de llevar a los demás el desayuno a la cama.

¿Tienen derecho sus hermanas (o quienes quiera que sean los parientes que usufructúan de sus sacrificios) a exigirle semejante renuncia y abandono de sí misma? Y ella, ¿tiene derecho a abandonarse, a malgastar su juventud o reducir el panorama espiritual de su vida al monótono paisaje de las cuatro paredes que sólo inspiran tedio y melancolía? Nó, no debe hacerlo. Quienes la rodean pretenden de ella que sea hermosa, que se presente limpia y arreglada, porque siem-

pre es desagradable la presencia de una persona que revela descuido y desaliño. En su egoísmo no alcanzan a comprender que si ella se presenta de ese modo es porque no tiene tiempo para ocuparse de sí misma, porque dedica todos sus minutos a los demás.

Tiempo llegará en que su juventud perdida le reprochará el sacrificio que le impuso su excesiva bondad. Acaso mientras ella malgastaba todas sus energías en la tarea abrumadora de que se hizo cargo relevando obligaciones ajenas, pasaba la felicidad sin que la viera o le quitaban la que le pertenecía.

Velar por la propia felicidad no es egoísmo. Es dar a la vida su verdadero sentido y ayudarla a que cumpla su misión. A cada uno corresponde su parte de felicidad, pero también su parte de sacrificio, de responsabilidad. Cada uno de esos seres que la rodean tienen como deber primordial el de ayudarse así mismo; de modo que al suplantarlos ella en el cumplimiento de ese deber les origina, pretendiendo beneficiarlos, el perjuicio de ignorar el verdadero valor de la vida y la satisfacción de bastarse a sí mismos.

¿Qué sería de todos esos seres si ella les faltara? Se sentirían de súbito inútiles y desvalidos ante los más insignificantes problemas de la vida diaria. ¡Cuántas hijas de madres así, excesivamente laboriosas, llegan al matrimonio sin la menor noción de lo que es el trabajo de una

BODAS NEGRAS

Canción antigua de Villalón y Julio Flórez

Oye la historia que contóme un día
un viejo enterrador de la comarca:
Era un amante que por suerte impía
su dulce bien le arrebató la parca.
Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de su hermosa,
y la gente murmuraba con misterio:
—Es un muerto escapado de la fosa.
En una horrenda noche hizo pedazos
el mármol de la tumba abandonada,
cavó la tierra y se llevó en sus brazos
el rígido esqueleto de su amada.
Y allí en la triste habitación sombría,
de un cirio fúnebre a la llama incierta,
sentó a su lado la osamenta fría,
y celebró sus bodas con la muerta.
Ató con cintas sus desnudos huesos,
el yerto cráneo coronó de flores,
la horrible boca la cubrió de besos
y le contó sonriente sus amores.
Llevó la novia al tálamo mullido,
se acostó junto a ella enamorado,
y para siempre se quedó dormido,
al esqueleto rígido abrazado.

ANECDOTA DE EDISON

Los Estados Unidos son el país de las grandes aplicaciones científicas; pero esto de "aplicar la ciencia" es arte, o artesanía, por cuanto se refiere al espíritu utilitarista. Pero, es que Estados Unidos han dado muchos hombres de ciencia? Eso es ya harina de otro costal. Ellos no han dado todavía sino "inventores" tipo Edison.

Recientemente se recordaba una anécdota, acerca de esto y de este grande inventor que tan poca ciencia sabía. Trabajaba en su lámpara incandescente y encargó a uno de sus colaboradores, insigne matemático austriaco, que le calculara el volumen de un modelo ovoidal. Tarea difícil y complicada; el volumen de los ovoides exige horas de cálculo. El pobre matemático se había pasado gran parte de la mañana haciendo cálculos. Al rato le preguntó Edison:

—Y ese volumen . . . ?

Y como se enterara de que aún no había sido hallado, le pidió la lámpara, la llenó de agua y vertió el contenido en una probeta graduada que le dió exactamente el volumen que deseaba. Tardó en la operación, si mucho, dos minutos!!

Del Director

Miscelánea

A las personas que me hayan tratado durante mis largos años de actividad mental, básteles la noticia de que me sostengo en mi posición. Frente a las que no me conocen, debo declarar que me faltan fuerzas para exponer con claridad mis pensamientos.

*

Se dirá con justicia que mi tiempo pasó. Que lo único que nos queda y nos incumbe a los viejos, es callar y yo quiero callar... porque la única verdad del momento es que el mundo padece una horrible pesadilla; toda la civilización está atacada de la furia de destrucción. Europa no existe ya. Los hombres a quienes estábamos vinculados parecen haber desaparecido del mundo de los vivos. Francia calla porque una fuerza material y ciega la ha hecho enmudecer. Aquí callamos porque ya nada nos interesa y se ha perdido todo elemento de juicio y todo valor de opinión.

*

Hago constar simplemente todavía una vez más:

1.º—Que no soy demócrata: que no creo en

la bondad del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

2°.—Que soy individualista. Amo solamente la justicia y la defiendo de las sugerencias de lo que llaman caridad. El socialismo, con su multiplicación de funcionarios públicos y su creación de tributos injustos y mal invertidos, me parece la mayor de las desgracias. El seguro social, lo maldigo. Las cabezas que sin soldados y sin armas le han declarado la guerra a un gran Estado, son las mismas, es un ejemplo, que sacrifican a los enfermos reales de hoy, aumentándoles el costo de los alcoholes, espíritus, tinturas, etc., en beneficio dudoso de futuros imaginarios necesitados.

*

No soy creyente. Para mí, lo sobrenatural no existe. Cuando no repita esto, será que he perdido el juicio. ¡Ojalá venga antes la muerte!

En cuanto he podido, he dedicado a la ciencia positiva mis esfuerzos: a la química analítica, cuando joven: a las pequeñeces de un minúsculo laboratorio de botica, el resto de mi vida.

La ciencia, por vacilante e insegura que les parezca a algunos, es lo mejor que tenemos: a paso poco perceptible, nos acerca a la verdad. La Verdad es lo que en moral se llama justicia. Lo que es verdadero es justo y, recíprocamente, lo que es justo es verdadero.

No temo a las congregaciones religiosas a

que se refieren nuestras leyes. Los congregados peligrosos son aquellos que atacan a la Ciencia y proclaman la intuición mística, frente a la razón y a su hija, la intuición positiva, fruto de razonamientos subconscientes, que favorece particularmente a los hombres geniales, dentro del campo al cual han dedicado su actividad por largo tiempo.

Con este criterio, entre un jesuita y un teósofo, prefiero al jesuita.

*

Los grandes hombres, cualesquiera que sean sus disposiciones mentales—políticas, artísticas o científicas—no piden más que libertad para desarrollarse y llegar a la alta posición hacia la cual los empuja su personal naturaleza. Llegados a la altura, imponen a la admiración de los justos sus talentos y sus virtudes. Sin sentirlo, se dan ellos en beneficio de todos, con la mayor placidez, la placidez que resulta siempre que la actividad se realiza en armonía con las capacidades que se poseen.

Lo triste del momento actual en América, de un extremo al otro, es que sus gobernantes han caído en el socialismo. Nada vale la dolorosa experiencia de Europa para gentes sin luces, audaces y envanecidas.

*

Antes de la fundación del Liceo, hubo en Costa Rica varios colegios de segunda enseñanza

muy notables: el Colegio de San Luis, de Cartago, tiempo de los Ferraz; el Instituto Nacional, en San José, y el Instituto Universitario, fundado y sostenido por la Universidad de Santo Tomás. Este instituto editó con toda regularidad una publicación denominada LA ENSEÑANZA, especie de continuación de la revista del mismo nombre fundada por el Dr. Ferraz en Cartago en 1869. En esa publicación, de la cual existen varias colecciones completas, se encuentran todos los datos deseables relativos al Instituto Universitario: planes, programas, discursos, listas de profesores, etc.

*

Vamos llegando a los mayores extremos. Se suspenden las labores de las oficinas públicas para que los empleados asistan a un match de fútbol. Nadie piensa en las personas y negocios que dependen de la marcha de los servicios públicos: los comerciantes, los cuantiosos intereses sobre los que han de decidir los tribunales, y hasta los mismos reos que esperan en los presidios la decisión de los jueces. Todo es menos importante que los resultados de un match y debemos abandonar nuestro trabajo para ir a regodearnos en la Sabana en la fiesta de los pies, ya que vamos olvidando que tenemos cabeza.

*

A mi juicio, las únicas materias admisibles

en las escuelas de 1a. y 2a. enseñanza son las siguientes:

lenguas vivas,
matemáticas,
ciencias físicas,
ciencias naturales,
dibujo.

*

Durante toda mi carrera, he sido franco adversario de los exámenes, en todas las escuelas primarias, de segunda enseñanza o profesionales. El recuento de los méritos de los alumnos es un desperdicio de fuerzas, que no contribuye al desarrollo intelectual de los estudiantes. La memorización necia a que obligan los exámenes causa en las aulas los más graves perjuicios. Los exámenes han sido en todo tiempo el horror de los grandes maestros. Es un mal indicio el hecho de la multiplicación de los exámenes en la nueva Universidad oficial.

Ustedes me preguntan ahora, cuál es la forma de exámenes menos dañina. Mi respuesta es fácil de prever: la forma oral, la más simple y la menos sujeta a errores e injusticias.

*

Uno de los errores más graves en que se ha incurrido en nuestras escuelas, es el de haber dado a la ortografía una importancia que no merece.

De las lenguas que conozco, solamente el francés posee una ortografía buena, no digo perfecta. Además, el aprendizaje de la ortografía depende poco de la voluntad. Hay personas condenadas a escribir siempre mal, y aptas sin embargo para llegar a ser profesionales de primera clase: abogados, ingenieros, químicos, etc.

Quien estudia a fondo la ortografía se convence del acierto de los pedagogos ingleses cuando ordenaron, hace medio siglo, que en las pruebas escolares no se tomara en cuenta sino la puntuación. Es lo que hay que exigir, una puntuación que permita comprender el pensamiento del que escribe.

Tratándose de ortografía española, en especial, el maestro ha de ser muy indulgente con sus alumnos. Nuestra ortografía oficial comete muchas faltas contra la etimología, contra la lógica y contra el uso universal. Voy a repetir aquí los ejemplos de que me he servido en distintas ocasiones.

Si se dice con razón al alumno que las palabras VOCAL, INVOCAR, CONVOCAR, etc., se escriben con v, ¿por qué se le castiga cuando escribe AVOGADO, palabra de la misma raíz y que se escribe con v en todas las lenguas en que existe (inglés, francés, italiano, etc.)?

¿Cómo se pretende que alguien comprenda que CONSCIENTE se escribe, como se debe, con s y c, y CONCIENCIA haya de escribirse sin la s?

La regla que se da para la palabra AUN, sienta una falsedad: en español las palabras no cambian de valor o de significado porque estén antes o después del verbo. La regla relativa a la palabra AUN se enuncia así: AUN, sin tildar significa HASTA; aún, tildada, significa TODAVIA:

—¿No han venido los niños?—Aún no han venido o no han venido aún (todavía no han venido).

Todos nos divertimos, aun Uds. (hasta Uds.)

*

Dos cosas son la prueba de la competencia de un maestro: la sencillez y la claridad. Esta regla no admite excepciones. Debe ser atendida siempre, sobre todo si se trata de una asignatura como la Física, ciencia esencialmente experimental y lógica, al alcance de la mayor parte de los estudiantes.

*

La enseñanza de las matemáticas sigue siendo muy penosa en casi todas las escuelas. Esto las desacredita. Hace pocos días fui testigo de las dificultades de una niña de segundo grado a quien se le obligaba a decir «diez centenas y ocho unidades», en vez 1008, como decimos todos, simplemente.

*

Los fisiólogos saben que antes de los 12 años de edad y después de los 60 (números aproximados) sólo se puede escribir con lápiz,

no con las antiguas plumas comunes para tinta. Pues bien, los reglamentos actuales ignoran la fisiología y no les tienen miedo a las manchas de tinta.

*

La enseñanza toda, requiere tiempo, para ir despacio y con buen humor. Pero ¿de dónde vamos a sacar este tiempo en establecimientos que se viven en «asambleas», desfiles, excursiones y otras naderías, como las lecciones de cocina?

*

El jueves 13 de marzo pudo observarse en San José excepcionalmente bien un eclipse parcial de luna: parecía una hermosa ilustración ideada ex profeso para explicar lo que es un eclipse. Creo sin embargo que fueron poquísimos los observadores. Los almanaques decían que el fenómeno se vería mejor a las 5 horas y 45 minutos; pero a la gente se le olvidó que nuestros relojes marcan el tiempo con algo más de 25 minutos de atraso, en virtud de un convenio internacional cuyas ventajas desconozco.

*

En el momento de la tragedia de Francia, el papa Pío XII guardó estricto silencio. No así muchos prelados italianos. El Muy Rev. Evasio Colli, obispo de Parma y jefe de la Oficina Central de Acción Católica, pide a sus miembros que rueguen a Dios «que bendiga a nuestro querido país y proteja a los hijos de Italia que

están luchando valientemente . . . Cada uno debe cumplir con perfecta disciplina el deber que le sea señalado».

Dos días después, el clero italiano entero envió un mensaje a Mussolini: «¡Que la segura victoria de nuestras armas gloriosamente coloque la bandera de Italia sobre el Santo Sepulcro y reivindique la gloria y los derechos de la Casa de Savoya, restauradora de la armonía entre el civilizado pueblo de la Imperial y Cristiana Roma!»!

Mussolini no respondió, porque él se intitula «Protector del Islam» y en éste están comprendidos los árabes de Palestina.

Así entienden el clero italiano y otros clerics LA UNIVERSALIDAD de la Iglesia y el NO MATARÁS del Decálogo.

En muchas ciudades de Inglaterra, de Estados Unidos y de Australia, llama la atención del viajero la CONFIANZA con que trata a sus compradores el comerciante. Hay expendios de periódicos, cigarros, etc., en los que se deja al cliente el cuidado de servirse a sí mismo, haciendo los cambios de moneda que fueren necesarios.

No creo que los sudamericanos, podamos hacer en nuestro comercio un uso semejante del crédito.

ANECDOTAS

POR JULIO VIVES GUERRA

CARO Y FLOREZ

Hallábase el poeta Julio Flórez en todo el esplendor de su gloria—aunque aún no había producido muchos de los poemas que lo hicieron conocido en todo el mundo hispano-parlante—cuando publicó una composición con el nombre de «Sinfoneto».

La forma, la idea y la armonía de esa composición llamaron tan hondamente la atención del eximio literato don Miguel Antonio Caro, a la sazón presidente de la república, que apenas la leyó le dirigió un telegrama de felicitación a Julio Flórez, al cual contestó el bardo con rendida cortesía, reflejo de su admiración por el insigne escritor.

Dice así el «Sonetófono» de Flórez:

«Muéstrame, oh noche negra, tu tesoro
de estrellas y de sombras! Pára el vuelo
y ábrete ante mis ojos en el cielo,
granada inmensa de azabache y oro.
Tu silencio es un cántico sonoro
que, al agitar las alas de mi anhelo,

hace que me alce del inmundo suelo
en donde gimo y me retuerzo y lloro.
Sólo tú sabes mi dolor. Conoces
tú solamente mi amargoso llanto;
tu sombra es luz que en mi interior destellas.
Soy tuyo, y tuyos son mis vanos goces.
Escúcha, oh noche, mi amoroso canto
y ya que ves de mi dolor las huellas,
conviérteme en un eco de tus voces,
en un jirón de sombras de tu manto
o en una de tus pálidas estrellas!»

Se ha asegurado que los primeros versos de Julio Flórez fueron unos que se llaman «La Pedrada».

No guardo en la memoria el poema «La Pedrada», ni lo tengo a la vista. Sólo recuerdo el argumento.

En una tarde nublada, un niño que juega en la pradera de su casa, arroja una piedra a lo alto. En el mismo momento, por una casualidad, un relámpago rubrica el horizonte y un trueno se oye a lo lejos. El chiquillo, como los salvajes primitivos, concatena el ruido del trueno, el fulgor del relámpago y el hecho de haber arrojado a lo alto la piedra; lleno de susto se refugia en el regazo de su madre y le dice:

«Escóndeme por Dios,
que he roto el Cielo!»

Cuentan que esos versos los hizo Julio Flórez cuando tenía diez años. Bien puede ser y no hay motivo para dudarlo. De todos modos, son los primeros que publicó, a esa edad, más o menos.

LA LUZ DE CONTADO

Allá por el año de 1911 era gerente de la empresa de energía eléctrica don Tomás Samper, un verdadero santafereño, un gentil-hombre para quien la hidalguía era una herencia, pues esa cualidad ha ido siempre ayuntada con ese apellido.

Don Tomás, en su carácter de gerente de la energía eléctrica, siempre sin abandonar sus corteses modales, se mostraba bastante rígido, lo que no es de extrañar, porque los paños calientes son mal elemento para tratar con cierto público.

Esa rigidez del señor Samper hacía que todo atraso en un pago trajera como corolario obligado el funcionamiento de los alicates, que tan criticados fueron por la prensa en aquellos tiempos. Alicata significaba luz cortada.

Una noche llegó el poeta Clímaco Soto Borda temprano a su casa, y excepcionalmente llegaba temprano porque tenía que escribir dos o tres crónicas, y no era cosa de quedarle mal al patrón accidental que había «levantado» ocasionalmente.

Disponíase Soto Borda a despachar su tarea periodística; previno papel y pluma, dióle vuelta al botón de la luz; nada: no llegaba ella; otra vuelta del botón... y se persuadió de que la luz esa noche brillaba, pero brillaba por su ausencia.

Muy alarmado, le gritó Soto Borda a su señora madre, la santa matrona doña Magdalena Borda viuda de Soto; ésa que en los juegos florales de la vida del poeta fue siempre la reina de la fiesta:

—Mamá, ¿por qué no habrá venido la luz?

—Fue que olvidé pagarla, mijo, le contestó doña Magdalena.

Resignóse el inspirado autor de «Salpique de Versos», encendió dos bujías de esperma y sentóse a escribir sus crónicas.

Al otro día fué Clímaco personalmente a pagar la luz, y apenas le dieron el correspondiente recibo, le entregó al cajero un sobre cerrado y le dijo:

—Déle a don Tomás esta carta.

Llévole el empleado la carta al señor Samper, abrióla éste y, entre risas, leyó lo siguiente:

«—El señor dijo: —Fiat Lux!» —

y en el mundo nació el día,
aquí Samper, hecho un dux,
dice: «—La luz no se fía!»

OH LARGA Y NEGRA PARTIDA

Nadie ha dudado que el sabio Caldas pintó en un rellano de la escalera del Colegio del Rosario, al salir para el patíbulo, una «O» muy larga y atravesada por una raya oblicua de izquierda a derecha, y ese jeroglífico ha sido descifrado así, como todo el mundo sabe:

«Oh larga y negra partida!»

Pero quizá el patriotismo haya sido parte para que la imaginación de los patriotas vuele demasiado.

En el año de 1886, la brillante pluma de Antonio José Restrepo hizo notar en «La Nación», número 115, en carta dirigida al artista Urdaneta, que en las obras de Francisco Rabalais se anota que, en la antigua Atenas, los jueces del Areópago, en los juicios criminales, usaban el mismo signo como condenación a muerte; es decir la O larga y atravesada por una raya oblicua, de izquierda a derecha.

